

dad la relación que consiste en ser nuestro último fin, es claro que el alma es inmortal.

65. Dios Criador, Dios Legislador, Dios último fin: hé aquí las relaciones de Dios con los hombres, y de estas relaciones parten directamente aquellas verdades que nos revelan al mismo tiempo la religión, la lei divina y la inmortalidad.

66. Mas como tales relaciones constituyen el objeto de los capítulos siguientes, no hemos querido hacer en esta sino una indicación mui general, cuanto baste para manifestar el orden de ideas que ofrece á la investigación filosófica el estudio de la primera causa.

CAPITULO III.

¿CUAL HA DE SER SU TERMINO?

Inmortalidad del alma.

67. El término del hombre en el orden temporal, es la muerte. ¿Pero la muerte del cuerpo arrastra consigo la destrucción del alma? No; el alma es inmortal: verdad sublime, verdad fecunda que todo lo engrandece, todo lo explica, y que no podría por lo mismo desconocerse sin destruir á un solo impulso todas las verdades, todas las creencias, todas las instituciones. El temor y la esperanza son dos eternas columnas en que descansan igualmente la política y la moral. Las bases de estas columnas están depositadas en el seno de la inmortalidad. Destruid el dogma de la otra vida, y bien podeis profetizar la universal desolación, el estremo absoluto de los hombres y de los pueblos. La virtud saludará á la esperanza en los bordes de la tumba, y

el crimen retrocederá con espanto á la vista de la muerte.

68. Cuando se trata de la inmortalidad del alma, parece que deberíamos remitirnos á la conciencia individual, prescindiendo del empeño de una demostración filosófica: sin embargo, diremos algo sobre este punto, porque siempre es mui grato repasar los títulos que tenemos á la inmortalidad. Para esto no haremos otra cosa que transcribir la recapitulación de las pruebas que desarrollamos en la sección tercera del primer tomo de nuestro curso de jurisprudencia universal.

69. Fúndase la inmortalidad del alma tanto en su naturaleza, potencias, inclinaciones y sentimientos, como en las miras que sobre ella tiene su Criador. Un ser simple como el alma es inaccesible al contacto de ningun cuerpo, y por lo mismo no puede ser destruido por agregación de partes; carece de partes, y por lo mismo es incapaz de perecer por disolución de partes. Ampliando mas el exámen de su naturaleza y reflexionando sobre sus potencias, inclinaciones y sentimientos mas constantes, nos confirmamos mas y mas en nuestras ideas. El entendimiento, que verifica tantas cosas maravillosas, que comprende el universo y traspasa sus límites para remontarse hasta el cielo, y la voluntad que acomete las empresas mas difíciles, anuncian un ser que no podia estar reducido á una duración tan corta como la vida humana, cuando todos los objetos exteriores cuentan á su favor con una duración indefinida.

70. Consultando las inclinaciones y sentimientos mas dominantes en el hombre, no hemos descubierto cosa que no muestre caracteres de inmortalidad. El hombre desea y aspira sin cesar, convencido por otra parte de que no hai en la tierra cosa que llene el corazón. Seria, pues, admitir un sentimiento universal sin objeto, rehusar nuestra persuasión al dogma de la inmortalidad. Experimenta crueles remordimientos cuando ha faltado á la lei, y los experimenta aun cuando no tiene testigo que le condene, y sí por

ventura, una seguridad plena de que no será descubierto en el curso de su vida: he aquí otro sentimiento de la misma clase: es preciso negarle contra la experiencia de los siglos, ó reconocerle como una prueba de la inmortalidad. El hombre prevee continuamente, y gusta de remontarse con su prevision á siglos mui distantes del término de su vida: hai mas: prevalece por lo comun en él una inclinacion dominante hácia lo que no tiene limites ni en tiempo ni en espacio; siempre se fastidia del estado presente, y hasta en los tiempos de la senectud solicita y aguarda una situacion mas favorable: pruebas inequívocas de que la inmortalidad de su alma es un sentimiento tan radical, que nada en lo absoluto puede prevalecer contra él. No se acerca el hombre á los sepulcros sin un respeto religioso: cree sin duda que giran en torno de ellos las almas de los que ya dejaron de existir. Los honores fúnebres serian sin duda el colmo de la imbecilidad y un argumento poderoso contra todo el género humano, que constantemente los ha hecho, si el alma no fuese inmortal. En fin, el hombre está firmemente persuadido de que no todo perece en el sepulcro, puesto que ama con pasion la gloria, y que esta pasion está en razon directa de los progresos y perfeccion del espíritu.

71. Pasando de la naturaleza del alma, á las miras que sobre ella tiene su Criador, dimos una prueba no ménos concluyente de su inmortalidad. El triple carácter de Criador, Legislador y fin, es á los ojos del filósofo una triple é infalible promesa de que la Omnipotencia eterna no ha de emplearse jamas en destruir y aniquilar el alma. La ha de emplearse para su gloria; y este objeto podrá iniciarse en el tiempo, pero no recibir su plenitud sino en la eternidad: le dió leyes y libertad para cumplirlas: la experiencia nos dice que durante la vida no hai remuneracion: luego es preciso aguardarla en la eternidad. Por último, siendo los males de la vida bastantes á perturbar todos los placeres, y siendo tan limitados, imperfectos y precarios los bienes de la

vida, el hombre impulsado por mil dolorosas experiencias, confiesa que no es la tierra el asiento de la felicidad, que ninguna cosa criada puede servirle de fin; y que siendo Dios el único ser capaz de hacer su felicidad, es preciso que haya concedido á su alma una eterna duracion.

72. Estas ideas luminosas y accesibles á la mas limitada inteligencia, nos explican el misterio de esa uniformidad de sentimientos en que vemos concurrir á todas las generaciones: comprendemos por qué la voz de los siglos anuncia con tanta firmeza la inmortalidad del alma; y despues de haber visto que son tan obvias y concluyentes para todos las pruebas de este dogma, nada tiene de sorprendente ni de extraña para nosotros la fe del género humano.

CAPÍTULO IV.

DEL FIN DEL HOMBRE.

73. Despues de haber demostrado la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, no se necesita mas que de unir estas dos verdades, para comprender que Dios es el fin del hombre. En efecto, si existe un Ser infinito en todos sentidos, y nuestra alma es inmortal, es evidente que esta permanecerá inquieta miéntras no llegue á conocerle y amarle, y por lo mismo, que este conocimiento y amor deben ser el término de sus aspiraciones, el complemento de su dicha y el fin de su creacion. Mas para dar á estas ideas toda la amplitud necesaria y el orden conveniente, nos ocuparemos en desenvolver con el método y la claridad posibles las siguientes proposiciones, que forman el tema de una exacta demostracion.

1. *El hombre ha sido criado para un fin.*

2.ª *El conocimiento de este fin se deduce del conocimiento de la naturaleza del hombre.*

3.ª *El exámen de esta nos descubre que aquel fin consiste precisamente en el goce de una felicidad pura, suma é inmortal.*

4.ª *Una felicidad pura, suma é inmortal no puede hallarse fuera de Dios.*

5.ª *Una felicidad pura, suma é inmortal se halla precisamente en Dios.*

CONCLUSION.—*Luego Dios es el fin del hombre.*

74. He aquí una serie de verdades de tal manera unidas, que no pueden desenvolverse, sin derramar la luz de la evidencia sobre la conclusion que hemos deducido. Entre mos en materia.

§. I.

EL HOMBRE HA NACIDO PARA UN FIN.

75. Hemos hecho ver en otra parte, que el hombre, así como todo lo criado, no puede ser obra de la casualidad; que Dios es la causa de todo; que siendo la causa de todo, ha de haber criado al hombre con algun designio, pues de otro modo, obraría por capricho, lo cual no es ni puede ser digno de este Ser perfectísimo.

76. Si pues Dios crió al hombre con algun designio, cualquiera que sea, el hombre ha nacido para algo; y como este *algo* es lo que llamamos *fin*, es claro, que ha nacido para un fin.

77. Que todas las cosas tienen un fin, es una de aquellas verdades que se conciben con solo ser enunciadas, que por lo mismo no exigen prueba, que se tienen como los primeros principios, y que por lo mismo demostrarlas seria ocurecerlas.

§. II.

EL CONOCIMIENTO DE ESTE FIN SE DEDUCE DEL CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE.

78. Conocer el fin de una cosa, dice Dommat, es saber para qué ha sido hecha; y se conoce para qué ha sido hecha una cosa si viendo cómo ha sido hecha se descubre á qué puede referirse su estructura; porque es cierto que Dios ha proporcionado la naturaleza de cada cosa al fin á que la ha destinado (1).

§. III.

EL EXAMEN DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE NOS DESCUBRE QUE SU FIN CONSISTE PRECISAMENTE EN EL GOCE DE UNA FELICIDAD PURA, SUMA E INMORTAL.

79. Las dos potencias de nuestra alma, á las cuales está subordinado todo nuestro ser, tienen, como ya se ha visto, dos objetos naturales: la verdad y el bien: pues ya se sabe, que ni el entendimiento asiente á nada sino bajo la relacion de verdadero, aunque de hecho no lo sea, ni la voluntad abraza cosa alguna, sino en tanto que le parece un bien, aunque en la realidad sea un mal. Supuestas estas ideas, nuestra proposicion queda demostrada con el siguiente raciocinio.

El conocimiento de la verdad y la prosecucion del bien, se refunden en el deseo de la felicidad.

Esta felicidad debe ser pura, suma é inmortal.

80. La primera de estas proposiciones queda demostrada con solo recordar que todos los conocimientos humanos

(1) *Traité des Loix. Chap. I.*

en cuanto tienen de positivo y útil, se refunden en la verdad; que la verdad, siempre útil en sus resultados, siempre práctica en sus tendencias finales, no es otra cosa sustancialmente, que el bien propuesto por el entendimiento á la voluntad, bien que lleva consigo, como dos testigos irrecusables de su existencia, el gozo y el placer.

81. El hombre se llama feliz cuando goza, calcula su felicidad por el número y la intensidad de sus placeres; así como se llama infeliz cuando padece, y calcula su infelicidad por el número y la intensidad de sus dolores. Resulta de aquí, que la felicidad consiste en el placer, y la infelicidad consiste en el dolor; y como la voluntad siempre que obra, trata de alcanzar el primero, ó de huir el segundo, se infiere naturalmente que busca el bien como una posesion que le pone luego en un estado de goce y de placer; y como semejante estado constituye la felicidad, es claro que la prosecucion del bien se refunde sustancialmente en el deseo de la felicidad.

82. En cuanto á la proposicion segunda, reflexionemos que si damos á la felicidad el nombre de fin, es: primero, porque á ella van dirigidas en último resultado todas las facultades físicas, intelectuales y morales, todas las operaciones físicas, intelectuales y morales, todas las relaciones físicas, intelectuales y morales del hombre; segundo, porque mas allá de la felicidad, no hay otra cosa á la cual podamos referir algo de lo que constituye al hombre.

83. Ahora bien, un goce mezclado, ó interrumpido con el dolor, léjos de satisfacernos, mantiene siempre y fomenta de continuo nuestra inquietud: luego el goce no debe tener mezcla ninguna, nada que engendre la desazon, nada que produzca el arrepentimiento; y como un goce de esta naturaleza es un goce puro y simple como el espíritu, decimos en primer lugar, que la felicidad de que se trata debe ser una felicidad pura y simple.

84. Puede tenerse un goce puro y simple, poseyendo

un verdadero bien; pero columbrar al mismo tiempo la existencia de otros bienes que difundirian por el alma un placer semejante. ¿Aquel goce nos dará la idea perfecta de la felicidad? No por cierto, puesto que fuera de él hai otros que puedan apetecerse. Por esto dijimos que la felicidad, de que se trata, debe ser una felicidad suma, es decir, una reunion de tantos bienes, cuantos basten á llenar los deseos inmensos del espíritu.

85. Hai mas todavia: puede gozarse una felicidad suma, es decir, llegar á la posesion de todos los bienes; pero teniendo al mismo tiempo la conviccion plena de que ha de llegar un dia en que se pierda este rico tesoro, bien porque se nos prive de él, ó bien porque dejemos ya de existir. A la vista de este convencimiento, ¿podrá el alma permanecer tranquila? ¿gozará en efecto de la felicidad? ¿no habrá un objeto nuevo que arrastre imperiosamente sus deseos, y ponga en ejercicio sus facultades todas? Seria muy natural entónces el que desease conservar todos los bienes y conservarse ella para disfrutarlos. La experiencia de lo que pasa en nosotros de continuo con los goces limitados que llegamos á conseguir, nos confirma demasiado en el conocimiento de esta verdad. El temor de perder los tesoros perturba el sueño del avaro; y el de un accidente repentino que suspenda los nobles trabajos de la inteligencia, suele interrumpir de vez en cuando los goces puros del que se consagra á la sabiduría: el dolor que causan los recuerdos de una felicidad pasajera ha hecho suspirar mas de una vez la lira de los poetas. Acaso no hai sentimiento mas penoso que el de la muerte; pues cuanto son mas grandes los placeres de la vida, tanto mas crecen con el presentimiento de su pérdida las amarguras del corazón. *Luego la felicidad, para serlo en rigor, debe ser inmortal.*

§. IV.

UNA FELICIDAD PURA, SUMA E INMORTAL, NO PUEDE HALLARSE FUERA DE DIOS.

86. En efecto: ya hemos visto, que durante la mansion del hombre sobre la tierra, está sujeto á la alternativa del placer y el dolor, como á una lei universal: y ademas, que no existe ni ha existido ninguno, que haya logrado reunir en su corazon todos los placeres consiguientes á la posesion de todos los bienes imaginables; y por último, que aun cuando se llegase á conseguir tal suma de bienes, no por esto seria feliz el hombre, puesto que habia de perder estos goces con la muerte; pues al descender al sepulcro, dejan de existir para él todos los bienes, goces y placeres de la vida humana. De lo primero se infiere, que en esta no puede haber una felicidad pura, de lo segundo que no puede haber una felicidad suma, y de lo terceró, que no puede haber una felicidad inmortal; con lo cual queda plenamente demostrada nuestra proposicion.

§. V.

UNA FELICIDAD PURA, SUMA E INMORTAL, SE HALLA PRECISAMENTE EN DIOS.

87. La verdad y el bien, objetos respectivos del entendimiento y la voluntad y elementos constitutivos de la felicidad, la producirán en efecto bajo sus caractéres legítimos, cuando reunan entre ambas las circunstancias de lo puro, lo sumo é inmortal; y como estas circunstancias se hallan precisamente en Dios, nuestra proposicion queda bien demostrada.

88. Dios posee la verdad en su plenitud; pura como su esencia, suma como su inmensidad, inmortal como su ser;

y por consiguiente, una verdad suficientísima para satisfacer en lo absoluto al entendimiento humano. El solo puede dar al entendimiento que ha criado á su imágen, aquella intuicion purísima que descubre en un instante cuanto es y cuanto puede ser, la naturaleza de los seres, la esencia de las cosas, la verdad en toda su extension infinita. “En él veo yo, dice Bossuet, estas verdades eternas; y verlas, es convertirme á aquel que es inmutablemente toda verdad, y recibir sus luces.” En efecto, sin esa luz indeficiente, que de continuo emana de la soberana inteligencia del Ser Supremo, es imposible descubrir la verdad en su genuino carácter y en toda su extension. Acá en la tierra se fatiga el sabio por descubrirla; y al cabo de seis mil años de profundas investigaciones, apenas columbramos algunos puntos luminosos del gran todo; mientras el resto se nos escapa, ó para mejor decir, se nos oculta profundamente bajo el tenebroso velo de la razon humana. ¿Cuál es, pues, el sugeto en quien reside la verdad, el océano de luz que ha de disipar las tinieblas de nuestra inteligencia? “Este objeto eterno, dice el autor citado, es Dios; eternamente subsistente, eternamente verdadero, eternamente la verdad misma.” (1) Convengamos, pues, en que Dios reúne una plenitud de verdad pura como su esencia, y eterna como su duracion; y por consiguiente que en él reside la verdad pura, la verdad suma, la verdad eterna, y por lo mismo una verdad suficientísima para satisfacer el entendimiento humano.

89. ¿Qué diremos del bien? Siendo este el objeto de la verdad, es claro que Dios le comprende del mismo modo que la verdad que posee. Comprenderle y amarle es para él una misma cosa; amarle y poseerle es tambien lo mismo para él: porque una voluntad perfectísima como la suya, no puede dejar nunca de amar un bien perfectísimo; y una voluntad omnipotente como la suya, no puede tardar un

(1) BOSSUET. *Connoissance de Dieu et de soi meme.* Tom. XV de sus obras, edic. de Paris de 1826.

momento solo en poseerla. Atendiendo á su esencia soberana, nos es imposible descubrir en las fracciones mínimas del tiempo una sola que separe los actos de conocer, de amar y de poseer; y por consiguiente, conocido el bien eterna é inmutablemente, le ama tambien y le posee desde la eternidad y por siempre; y pudiendo decirse á la letra, que no solo es infinitamente verdadero, sino que es la verdad misma, debe afirmarse por igual razon, que no solo es infinitamente poseedor del bien, sino que es el bien mismo. Resulta de lo expuesto, que en Dios reside un bien purísimo como su verdad, sumo como su verdad, eterno como su verdad; un bien, ántes del cual no hai otro bien, despues del cual no hai otro bien, sin el cual no hai ningun bien; un bien, por último, sufficientísimo á llenar los vacíos inmensos de la voluntad.

90. No siendo la felicidad otra cosa que el sentimiento que inspira en el alma la posesion de un bien, y debiendo el efecto ser proporcionado á la causa, claro es, que este sentimiento reunirá los mismos caracteres existentes en la causa que le produce. De aquí resulta que la posesion de Dios vale tanto como la posesion de un bien puro, sumo é inmortal, y por consiguiente, como el goce de una felicidad pura, de una felicidad suma, de una felicidad inmortal; y por última consecuencia, que *Dios es el fin del hombre.*



DEL DERECHO NATURAL

EN SUS PRINCIPIOS COMUNES

Y EN SUS

DIVERSAS RAMIFICACIONES.

PRELIMINARES.

LIBRO SEGUNDO.

De la primera lei y sus inmediatas consecuencias.

INTRODUCCION.

91. DESPUES de haber recorrido, si bien de una manera muy rápida, toda la série de objetos que en sí contiene el curso de los estudios filosóficos que se refieren á la naturaleza, causa, término y fin del hombre, es llegado el caso de introducirnos por ellos á la ciencia del derecho universal. Esta ciencia tiene un punto de partida en la demostracion, así como tambien en la exposicion filosófica de las